

Obituario

por Juan Bartual Magro

Profesor Juan Bartual Pastor



La verdad es que me resulta bastante difícil escribir un obituario sobre mi padre, Juan Bartual Pastor.

¿De qué les hablo? ¿De la inmensa producción científica, bibliográfica e investigadora que tuvo a lo largo de toda su vida? De todos es sobradamente conocida. Sin embargo, el ceñirse a este punto deja huérfana a la persona de sus condiciones y de sus actitudes vitales.

Mi padre era un apasionado de la Medicina y de la Otorrinolaringología, con una inmensa capacidad de trabajo. Desde su época de estudiante, se empeñó en lograr unos resultados brillantes, obteniendo la licenciatura y el doctorado con la calificación de sobresaliente por la Universidad de Valencia. Amplió sus estudios con una beca de la Fundación Alexander Von Humboldt en Alemania, formándose en las universidades de Erlangen y Würzburg bajo la tutela de gigantes, como los profesores Trincker, Wullstein

y Kley. Y siguió desarrollando su carrera como profesor de la Universidad de Valencia.

Un primer punto de inflexión fue cuando, en 1968, se incorporó como catedrático de Otorrinolaringología de la Facultad de Medicina de Cádiz. Todo estaba por hacer y, con su habitual entusiasmo, se puso manos a la obra. Fue en ese momento cuando se despertó su verdadera vocación, la de servidor público en la acepción más literal de la palabra. Él no entendía la cátedra o la dirección del departamento como un trono, la entendía como un andamio desde donde poder realizar obras que mejoraran la vida de los demás. Siempre antepuso los intereses de la cátedra y del servicio a los intereses personales.

Y en esa labor de servicio público englobaba a todos los que le rodeaban. Fueron muchas mañanas de fin de semana las que acudí con mi padre a hacer las curas en el Hospital de Mora, mientras mi madre se encargaba del cuidado de mis hermanas, más pequeñas. Todavía me acuerdo de cuando me llevaba a darle de comer a una camada de conejos glaucomatosos y sordos con las que mi madre estaba realizando las investigaciones de su tesis doctoral. O de cuando llevó a cabo una investigación sobre el sentido del equilibrio del pez guitarra (*Rhinobatos*) y acabé acompañándole en sus expediciones de pesca a Palmones. Los pescadores de la zona capturaban estos ejemplares al sacar las redes y, normalmente, los devolvían al mar al no ser rentables comercialmente. Mi padre los acompañaba para localizar ejemplares en buen estado y transportarlos en el coche desde Palmones hasta Cádiz, donde estaban en unos tanques especiales. Había que cuidarlos, preocuparse de ellos y alimentarlos, entre otras atenciones necesarias.

La docencia era otra de sus pasiones. No solo la realizada en las aulas de la facultad, formando a los futuros médicos, sino que dirigió numerosas tesis y proyectos de investigación. Desde 1974 dirigió la Escuela Universitaria de Especialidad en Otorrinolaringología, de la que salieron muchos de los especialistas de Andalucía.

Esta vocación de servicio público no solo se centraba en su cátedra, sino que se ampliaba fuera de los límites de esta. Le preocupaban muchísimo los problemas sociales, especialmente los niños con sordera prelocutiva, por lo que se empeñó y luchó contra viento y marea para poder crear el Colegio

Provincial de Sordos de Cádiz, con sede en Jerez, como colaborar con las asociaciones de padres de niños sordos (FAPAS). Su legado social quedó plasmado en su obra sobre la historia de dicho colegio, un reflejo de su compromiso con la integración.

En cuanto a la actividad clínica, su curiosidad constante hizo que aprendiera las últimas y más novedosas técnicas. Montó un completo laboratorio de exploración vestibular que no tenía nada que envidiar a los de capitales mucho más ricos y pobladas (sillón rotatorio, pruebas calóricas, craneocorporógrafo, estimulador optocinético, etc.). Por un golpe de suerte, logró que la Fundación Comes le financiara un láser carbónico para la cirugía oncológica laríngea funcional, logrando que el servicio de Otorrinolaringología fuera un referente nacional en el uso del láser carbónico en esta cirugía, siendo uno de los primeros hospitales en toda España —si no el primero— en utilizarlo para este menester.

Era un jefe clínico exigente, pero nunca pedía nada que él no pudiera hacer. Conocía perfectamente a los miembros del servicio y, continuamente, los estimulaba para que ampliaran sus capacidades. Reñía, sí; abroncaba, también. Pero todos sabían que el jefe estaba ahí. Que cuando, en el quirófano o en la consulta, tenían un problema y lo llamaban, aparecía fuera la hora que fuera y, o bien te indicaba el camino, o te ponía la mano en el hombro y te decía: “Déjame un momento”.

Al mismo tiempo, era una persona alegre. Disfrutaba de la vida y tenía amigos en todos los ámbitos. Desde niño he visto fiestas en casa, desde la tuna que venía a rondar, hasta los San Juan que celebraba en casa. Se integró totalmente en la sociedad gaditana, participando del Carnaval con el Coro de los Dedócratas, de la Semana Santa, de círculos literarios y de tertulias. Tal fue su calado en la ciudad, que Cádiz lo nombró Hijo Adoptivo y hoy una calle lleva su nombre, como testimonio de un cariño mutuo que duró más de medio siglo.

Un segundo punto de inflexión fue en 1986, cuando los hospitales universitarios fueron desafectados del Ministerio de Educación y Ciencia y pasaron a depender de la Red de Asistencia Sanitaria de la Seguridad Social. El personal fue transferido como los siervos de los señores feudales. De la noche a la mañana, los catedráticos de Otorrinolaringología, que eran

la élite de la especialidad en España (no estaban todos los que eran, pero eran todos los que estaban), se encontraron a las órdenes de unos gerentes y consejeros que no apreciaban la labor docente e investigadora. Gerentes que priorizaban la actividad clínica y la cantidad sobre la calidad. Naturalmente se resistieron como pudieron, pero fueron arrollados como los samuráis de Satsuma ante el ejército imperial japonés.

La autonomía y relativa libertad en la que se había movido se tornó en un cúmulo de actos administrativos y burocráticos que entorpecían y complicaban el quehacer diario. El Gobierno cerró las escuelas profesionales, por lo que solo podía formar a los dos residentes que llegaban por el sistema MIR. La contratación de personal dejó de depender de la universidad, por lo que, progresivamente, fue perdiendo personal investigador a costa de aumentar el personal clínico. Al mismo tiempo, la escasa importancia que la ORL tiene en el examen MIR hizo que pasara a ser considerada una “especialidad menor” por muchos estudiantes, lo que hacía muy difícil inculcarles el amor por la asignatura.

Despojado, pues, de la capacidad investigadora y minusvalorado en la labor docente, se centró en la práctica clínica hasta su jubilación. Pese a los obstáculos institucionales, su trayectoria fue reconocida por la Universidad de Cádiz al nombrarlo Profesor Emérito. Incluso en el ocaso de su carrera, su humildad brilló al recibir el Premio Medicina Gaditana 2020, momento en el que tuvo la generosidad de dedicar el galardón a los sanitarios que combatían la pandemia. Desde entonces dejó claro que no quería saber nada de la medicina en general, ni de la ORL en particular, centrándose en sus publicaciones históricas, sus tertulias, el bricolaje y su familia.